

VIDA DE LA BEATA JUANA DE LESTONNAC

BARONESA DE MONTFERRANT-LANDIRAS

FUNDADORA

DE LA

ORDEN DE HIJAS DE NUESTRA SEÑORA



Compuesta por una Religiosa
de la misma Orden de la casa de Valladolid

A. M. D. G.

G-F 22500

T.1895328 C.74516703

VIDA DE LA BEATA
JUANA DE LESTONNAC

BARONESA DE MONTFERRANT-LANDIRAS

Fundadora de la Orden
de
Religiosas Hijas de Nuestra Señora
(ENSEÑANZA)



Compuesta por una Religiosa
de la misma Orden de la casa de Valladolid

A. M. D. G.

CENSURA Y APROBACIÓN DEL ORDINARIO

DE VALLADOLID

Hemos leído la Vida de la Beata Madre Juana de Lestonnac, compuesta por una Religiosa de la Casa de Valladolid.

Nada contra la fé católica y sana moral hemos encontrado en esta Biografía, como era de esperar de la reconocida ilustración y piedad de todas las religiosas de este acreditadísimo Colegio, donde tan completa enseñanza y cristiana educación se dá á las niñas y señoritas.

Echase de ver en este trabajo, el amor verdaderamente filial que su autora, desconocida para todos, menos para la Madre Priora, porque prudentísimamente oculta su nombre, profesa á la bienaventurada Fundadora y el santo entusiasmo que siente por su religioso Instituto; pero sin que por ello desfigure la verdad de la historia.

¡Ojalá que produzca los frutos de santificación que, al publicar esta Vida, se propone la observante Comunidad!

— Valladolid 1.º de Abril de 1900.

† EL OBISPO DE ARQUELAIDA

Auxiliar del Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que Nós toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el opúsculo titulado «Vida de la Beata Juana de Lestonnac, Baronesa de Montferrant-Landiras, fundadora de la Orden de Hijas de Nuestra Señora» mediante que, de Nuestra orden, ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral.

Barcelona 6 de Agosto de 1900.

El Vicario General, RICARDO CORTÉS

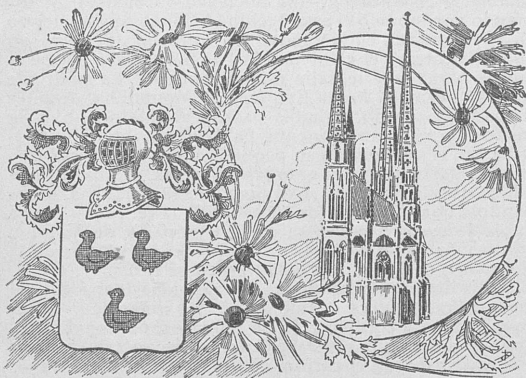
Por mandato de Su Señoría

Licenciado MANUEL FERNÁNDEZ, Secretario Sustituto

VIDA ILUSTRADA DE LA
BEATA JUANA DE LESTONNAC

BARONESA DE MONTFERRANT-LANDIRAS

Fundadora de la Orden de Religiosas Hijas de Nuestra Señora
(Enseñanza)



Armas de Lestonnac. Catedral de San Andrés

¡Que hermosa es la vida de Juana de Lestonnac! Es admirable en todo! ¡Su causa es verdaderamente maravillosa! Estas palabras fueron pronunciadas el 5 de Diciembre de 1899 por SS. León XIII en la Congregación reunida en el Vaticano, para tratar de la Causa de Beatificación de la Sierva de Dios, y los Cardenales añadieron: «La orden de Nuestra Señora, como la Compañía de Jesús, ha atravesado tres siglos sin necesidad de reforma.» Este elogio enaltece más la gloria de Juana de Lestonnac y de su Obra apostólica.

Así como para luchar contra los errores del impío Lutero, suscitó Dios en el siglo XVI al caudillo Ignacio de Loyola, así también en el siguiente siglo, cuando el calvinismo no respetaba las familias ni aun el sagrado del claustro, hizo nacer una heroína que capitanease una Compañía de mujeres que, oponiéndose á la herejía, llevase á los tiernos corazones de las niñas, las verdades de la Fé católica. Fué ésta, que podemos llamar Mujer Fuer-

te, Juana de Lestonnac, que nació en Burdeos capital de la Aquitania, una de las principales provincias de Francia, de padres nobles, aunque desemejantes en religión y costumbres. Su padre Ricardo de Lestonnac, Consejero del Rey en el Parlamento de la Ciudad, fué un Magistrado eminente, recto y celoso de la Religión Católica, hasta el punto de oponerse á los herejes que intentaban establecer en Burdeos, una Sociedad ó Consistorio, tomando por modelo el establecido en Ginebra; y habiendo en 1574 entrado en la Ciudad un emisario de Melancon con estas ideas, el valor del Sr. de Lestonnac fué suficiente para hacerle salir inmediatamente. La madre de nuestra heroína, Juana Eyquem de Montaigne, después de haberse casado, se había pasado al calvinismo. Esta madre hereje, naturalmente, había de sembrar sus doctrinas en el corazón de su pequeña hija; pero Dios, que la tenía destinada para grandes empresas, velaba por ella é hizo que su padre la sustrajera á tales máximas, enseñándole por sí mismo las verdades de la fé. Nació la que había de ser la Fundadora de la Compañía de María el año 1556; en el mismo, en el que el Fundador de la Compañía de Jesús dejaba la tierra por el Cielo.

Había dotado la naturaleza á la pequeña Juana con tal hermosura, que era envidiada por las niñas de su edad; su madre para complacerla en todo, no perdonaba medio alguno conque satisfacer aun sus menores caprichos y robarle así todo el cariño, con el fin de un día, después de haber esparcido en su corazón las doctrinas heréticas, poder tenerla sin temor alguno bajo su mando y contarla entre los secuaces de Calvino. Más el Cielo velaba por ella, y no había de contaminarse la pureza de su alma, con el hálito impuro del error. La Sra. de Lestonnac presentaba á su hija en todos los espectáculos; sus rubios y blondos cabellos caían sobre sus hombros que cubrían finísimos encajes, y sus hermosos ojos, cuya modestia admiraba á todos, hacían ver en ellos una alma de esas que son la complacencia de Dios. Amaba tiernamente á su madre, la que no le negaba ni gustos ni caricias. Era permitido entonces á los hijos seguir la religión del padre ó de la madre y como había tal desunión en las familias, éstas se dividían en bandos y ardían en contiñas disensiones. El Sr. de Lestonnac pronto conoció las maquinaciones de su mujer, é hizo que las criadas que habían de servir á Juana, fuesen fervientes católicas.

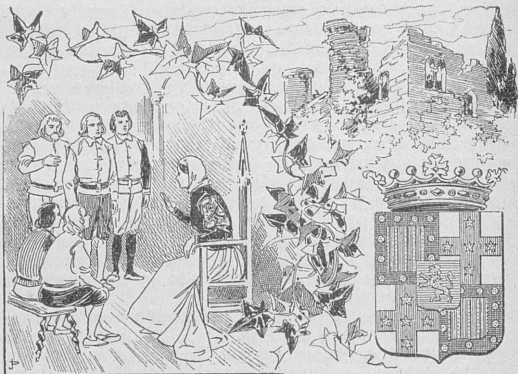
Había en medio de esta familia un pequeño apóstol; este era Guy, el mayor de los hijos varones del Sr. de Lestonnac; cursaba en el Colegio de los Padres Jesuitas

de Burdeos y estando muy instruído en la religión, al volver á casa, contaba á su querida hermana, las instrucciones que había recibido y los sanos consejos de sus profesores y otras cosas, que pudieran llevar á su corazón rayos de luz y de fé. Ella le oía agradablemente.

Un día le decía Guy lleno de celo: «¡Ay mi querida hermana! el amor tan apasionado que tienes á nuestra madre te lleva en pós de tu perdición, pues ha de enseñarte todos sus errores; ¿y si pierdes tu alma, de qué te sirve todo lo demás?...» Hicieron tal impresión en el alma de Juana estas palabras de su hermano, que retirada á su habitación y vertiendo torrentes de lágrimas, se resolvió con toda su alma á huir de los halagos de su madre y asentar en el corazón las verdades católicas, tal como las oía á su padre y á su querido Guy. Juana había triunfado del error.

Dios que veía la generosidad heroica de Juana de Lestonnac en entregarse á su servicio, resolución que le costó tantos disgustos y desvíos de su madre, á quien ella tanto amaba, se mostró como padre cariñosísimo y derramaba sobre esta alma pura, ríos de consuelos que le hacían olvidar las caricias maternas de que se veía privada. En esta niña de doce años había echado la fé tales cimientos, la habían ilustrado tanto, que sin darse cuenta, su vida era de oración y muy pronto se sintió llamada á la vida del claustro. Las empresas y el éxito que tenían en España las Obras de Teresa de Jesús estimulaban el ardor de sus deseos. ¡Con qué gusto hubiera seguido sus pisadas! Pero en esta época muchos monasterios habían sido invadidos por la herejía, por lo que no eran retiros absolutamente seguros. Este era uno de los motivos que alegaba el Sr. de Lestonnac contra la vocación religiosa de su hija. Ella por su parte nunca perdió la esperanza de que había de ser Religiosa. En el retiro de su corazón, hablaba con su Dios, su único consuelo; á El y á la Sma. Vírgen clamaba que se le mostrasen propicios; y estando un día en la oración, oyó una voz clara y distinta que le dijo: «Hija mía, ten cuidado de no dejar apagar ese fuego sagrado que yo he prendido en tu corazón y que te lleva, con tanto fervor, á mi servicio.» Esto le hizo comprender á la Bta. que la vida religiosa, había de ser con el tiempo el descanso de sus penas. ¿Cómo?... ¡Jesús velaba por ella!

Nuestra Bta. había de contar también días de martirio, y tales pudieran llamarse los que en esta época sufrió con las contradicciones y desprecios de su familia; su padre que tanto la amaba, le hacía sufrir, por no permitirle abrazar el estado religioso, lo que era su verdadera an-



*Ruinas del Castillo de Landiras. Armas de Montferrant.
La Baronesa de Montferrant instruyendo á sus hijos y criados*

sia, por el amor que tenía á la vida de retiro. Había llegado á los diecisiete años y era una de las Señoritas más completas de la Provincia; su nacimiento distinguido y elevada posición, los miraba ella como impedimento para sus fines. Reunía un espíritu vivo y elevado; una voluntad enérgica; un carácter dulce y una hermosura que no tenía igual; estas cualidades eran como los reflejos del alma superior que poseía. El Sr. Moutaigne hablando de su sobrina decía así: «La naturaleza ha ejecutado en mi sobrina una obra maestra, uniendo una bella alma, á un cuerpo hermosísimo; una princesa en un precioso palacio.»

El Sr. de Leſtonnac pensó en casar á su hija, y al indicar su resolución esta, obedeció; el que había escogido su padre era Gastón, Barón de Montferrant-Landiras, cuya Casa estaba unida á las de Francia, Aragón y Navarra. Recibió Juana el sacramento del matrimonio tan rica de virtudes cristianas, que no es extraño fuese desde luego modelo de señoras casadas.

La joven Baronesa reunía á sus criados: los instruía en las verdades de la fé, y cuidaba que frecuentasen los Santos Sacramentos; estas ocupaciones no le hacían perder la presencia de Dios y pudieramos decir que su vida era, más que en la tierra, en el Cielo. De sus tres hijos

vió bajar al sepulcro, en la más tierna edad, á los dos más pequeños, y con santa resignación decía, derramando lágrimas: «Dios me los dió, Dios me los quitó; cúmplase su santa voluntad.» Más tarde, otros cuatro hijos aumentaron su familia y sus nuevos desvelos; pues el cuidado de formar sus corazones, se lo reservó para sí sola. Les proveía de maestros hábiles para que aprendiesen lo que era propio á su calidad y rango de familia. Criaba sus hijos para el Cielo; proporcionándole sus lecciones cristianas, el consuelo de ver que producían en sus almas, frutos admirables. Al mismo tiempo cuidaba de su hermano Rogerio y de tres de sus hermanas, Francisca, Jacoba y Juana; jóvenes de dieciseis á veinte años las que se enlazaron con las nobles Casas de Aulède du Cros y Aulède de Pardaillant y de Cursol. Luis á los diecisiete años entró en la Compañía de Jesús, donde se hizo admirar por su virtud y raros talentos. Guy había sucedido á su padre en el cargo de Consejero del Parlamento, y continuó sosteniendo las tradiciones de familia, defendiendo siempre las verdades de la fé católica. Audet, el más pequeño, debió morir muy niño, pues los historiadores no se ocupan de él.

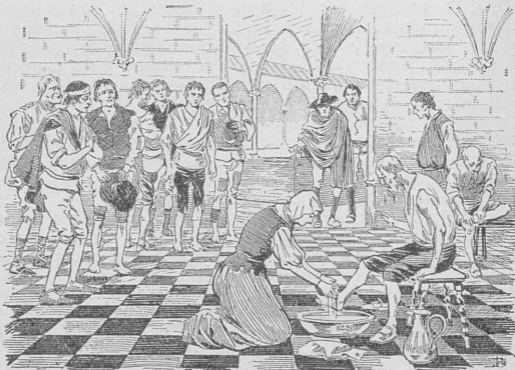
La felicidad parecía sonreír á la Baronesa, pero había de durarle poco; la cruz volvía aparecer. En muy poco tiempo perdió á su tío, su padre y su marido; esta últi-



La Baronesa y sus hijos visitan á los pobres

ma pérdida fué la más sensible á su corazón. Una unión de veinticuatro años, durante los cuales no habían tenido que sentir ningún disgusto y en los que había reinado la mayor paz, cosa muy rara en aquella época, era lo que hacía mayor la pena de la Baronesa. Murió el Barón como cristiano, legando á sus hijos el noble ejemplo de un Gentilhombre, fiel á su Dios y á su rey.

Poco tiempo después, la joven viuda perdió á su hijo mayor, la esperanza de su casa. Con estas pérdidas tan sensibles, iba preparando Dios el alma de la Sra. de Mont-



La ilustre Señora lava los piés á doce pobres

ferrant para el nuevo destino que le tenía preparado. Después fortificada por la oración, se entregó á las obras de caridad, dedicándose con sus hijos, á socorrer á los pobres necesitados.

La oración ha sido siempre la vida de los santos; por eso la Baronesa fijó dos horas todos los días para dedicarse á este santo ejercicio. Frecuentaba los Santos Sacramentos, los que le daban fuerza y vigor para dedicarse á las múltiples obligaciones de su casa. Desterró las visitas inútiles y economizaba el tiempo, cuanto podía, á fin de poder reunir á los pobres é instruirlos en las máximas del catolicismo. El día de Jueves Santo reunía á doce de estos, y ayudada de sus hijos, les lavaba los piés. Visitaba las cárceles y los hospitales; cuando aparecía

en público edificaba á todos, pues veían á una dama de tan alto rango, olvidarse de su grandeza para servir á los menesterosos. El Mariscal de Ornano, Gobernador de Burdeos, hombre virtuoso, miraba á la Sra. de Montferrant como á santa, y así decía de ella al Cardenal de Sourdis: «Su vista inspira amor de Dios y sus conversaciones despiertan pensamientos del Cielo.» Habiéndola encontrado dicho señor en una calle, en riguroso invierno, se impresionó de tal modo, que bajó de su carruaje y la acompañó hasta su casa con la cabeza descubierta. Transcurridos seis años la virtuosa viuda quiso dar el último adiós al mundo.—Hacía tiempo que sus miradas permanecían fijas en el Monasterio de Bernardas de Tolosa, y le parecía ser este el sitio á donde Dios la llamaba. El porvenir de la familia se podía contar ya decidido; sus hijas Magdalena y Marta habían ya profesado en el Monasterio de la Anunciata de Burdeos, y Juana de doce años de edad, podía quedar bajo la tutela de su hermano el Barón que, después de haber concluído sus estudios en Roma, casó con Margarita de Cazalis.—La hora de la separación se presentaba terrible para el corazón de tan tierna madre, y optó por no dar el último adiós á su hija. Unas horas antes de su partida se la anunció á su hijo, el que sorprendido por tal noticia, no pudo articular palabra; pero vuelto en sí, deshecho en lágrimas y de rodillas á los pies de su madre, le dijo: «Madre y señora mía, ¿nos abandonais?... ¡Ah no amais á vuestros hijos!»—«Os amo más que nunca, hijo mío»—contestó la madre.—¿Y qué va á ser de Juana tan pequeña?—¡Morirá de dolor!—¡Dios la sostendrá, hijo mío!—Os la confío, sed para ella padre y madre.—No, respondió el Barón mientras viva vuestro hijo, no partiréis, madre mía, y le besaba las manos, regándolas con sus lágrimas. La pobre madre tenía el corazón transido, y estrechando sobre él á Francisco, le decía: «¡Oh hijo querido! mis lágrimas caigan sobre tí y tu hermanita como bendiciones del Cielo.» Dios me llama, debo obedecer. La oposición filial fué terrible; más la heroína triunfó.

A la madrugada del día siguiente, la Sra. de Montferrant, seguida de sus más fieles servidores, se dirigió á las orillas del Garona, donde se había hecho preparar una barca que la llevase á Tolosa. Más no estando á punto para partir, tuvo que sufrir el corazón de la madre otro ataque más doloroso que el del día anterior. La pequeña Juanita despertó al oír los lamentos de las criadas, y por un instinto filial, sin detenerse, corre á la orilla y allí se encuentra con la que era la mitad de su corazón; corre á sus brazos y entre sollozos la decía: madre y se-



Se embarca para Tolosa. Despedida de los hijos

ñora mía ¿me dejais? y rodeando con sus bracitos el cuello de su madre repetía: ; no me abandonéis ó llevadme con Vos! — Esta fué una escena desgarradora. La Sra. de Montferrant sintió que su corazón desfallecía, pero Dios vino en su ayuda. Como pudo, consoló á su pequeña hija y dió la orden de partir. Al entrar en la barca la noble matrona dijo á los que le acompañaban: «Hubiera sufrido menos para morir que para separarme de mis hijos.» El viaje fué largo, más la oración y las santas conversaciones del Padre Juan de San Estéban, Provincial de los Bernardos, fortifican el corazón de la pobre madre. Al dejar la barca, otro nuevo incidente vino á sorprender á la ilustre viajera; á la orilla la esperaba su hijo que había tomado otro rumbo más corto, para anticiparse á la llegada de su madre. Corrió á sus brazos, hizo otra nueva tentativa, pero en vano. Dios vino en ayuda de su sierva y esta vez también salió victoriosa. Era la primavera del año 1603 cuando el Monasterio del Cister se abrió para recibir á la Sra. de Lestonnac; contaba entonces cuarentisiete años. El 11 de Junio vestía el santo hábito, tomando el nombre de Juana de San Bernardo: esta dicha, que tanto había ansiado, no le duró más que seis meses. Tan pronto como se vió en Religión, se dió á correr por el camino de la santidad; era para sus hermanas un ejemplo de todas las virtudes; no daba des-

canso á su cuerpo, cumplía con exactitud todas las austeridades de la Regla, por lo que pronto su salud se resintió. Esto fué un pesar para la Comunidad; todos los medios, que se tomaron, fueron inútiles. Los facultativos opinaron que era forzoso abandonar el claustro para que recobrase la salud. La fervorosa Novicia no quería despojarse de su santo hábito; pero conoció que Dios le pedía este sacrificio, y dijo: Señor sea tu voluntad.

La noche siguiente la pasó en oración, y en ella, volvió la paz y el consuelo á su alma tan atribulada: se vió rodeado su espíritu de una brillante claridad, ríos de dulzuras anegaban su alma. El Señor la dió á entender que la tenía destinada para que por su medio se fundase una nueva Orden, muy útil á la Iglesia, y por medio de la cual se había de salvar un gran número de almas. Con una visión extraordinaria vió el infierno abierto, y en la pendiente del abismo, una infinidad de almas, extendiendo hacia ella las manos, en actitud de pedirle socorro. En este momento se sintió abrasarse su corazón de un celo



Jesús muestra á su Sierva las muchas almas que se condenan

por la salvación de las almas, y le pareció ver las primeras líneas, sobre las cuales se había de levantar la Compañía de María. Al mismo tiempo se presentó á su vista interior el cuadro de las grandezas de la Reina del Cielo, tipo incomparable presentado á la imitación de la nueva

Orden. La Bta. Juana no se resistió más; un hecho milagroso vino á apoyar la verdad de la intervención divina; apenas la enferma se desnudó el hábito, quedó curada repentinamente. En esta curación se vió un nuevo indicio de la voluntad divina sobre esta alma.

Pronto se extendió por Burdeos la vuelta de la Sra. de Montferrant y hubo algunos que la censuraron, pero la Baronesa dejó que hiciese el mundo su apología. Siendo el retiro tan amado para esta alma, eligió para su estancia el castillo de Landiras, donde se encontraba su hijo con su familia. La nobleza de los alrededores acudió presurosa á ofrecer de nuevo sus respetos á la Bta. y felicitar á los hijos por la dicha de tenerla á su lado. Esta alegría duró poco, porque la Baronesa escogió otro sitio más retirado; este fué el de Lamothe-Darriet, dependencia de Landiras, donde vivió un año, entregada á las prácticas de la vida religiosa. A este sitio podemos llamar su Manresa, en él recibió la Sierva de Dios gracias maravillosas y nuevas revelaciones sobre la Orden que debía fundar. Para tener quien dirigiese su espíritu se trasladó á Burdeos, y habiendo consultado con los Padres Jesuitas Ménage y Marguestand, le dijeron que, por entonces, se contentase con las prácticas cristianas. La Señora de Montferrant siguió su consejo, y se entregó, sin reserva, á ejecutar las obras de caridad.

Gran campo se abría al celo de la Sra. de Montferrant. Durante el verano de 1605 la peste diezmaba la ciudad de Burdeos; la noble viuda se multiplicaba, llevando á todos sus socoros y consuelos; entraba en las casas de los atacados del contagio y rivalizaba en valor con los Sacerdotes y Médicos. Vivían entonces en el Colegio de los Padres Jesuitas de Burdeos dos Religiosos de una santidad eminente; estos eran los Padres Bordes y Raymond: los dos lamentaban que no hubiese quien enseñara á las jóvenes las verdades católicas, por cuya falta de instrucción, muchas flaqueaban en la fé. Pedían á Nuestro Señor y á su Sma. Madre que suscitase un espíritu fuerte, que lleno de celo, hiciese frente al calvinismo.

El Cielo oyó la oración de estos hijos de S. Ignacio. El 23 de Septiembre de 1605 fiesta de Sta. Tecla, estando los dos Padres celebrando, á la misma hora, el Santo Sacrificio de la Misa, á la vez fueron iluminados con una luz clara y resplandeciente que les hizo comprender que Dios pedía una Orden de Religiosas modelada, por la que había fundado S. Ignacio; que la Reina de los Apóstoles quería tener su Compañía, así como su hijo Jesús, Rey de los Apóstoles, tenía la suya.

De acuerdo los dos Padres redoblaron su oración para que Dios les mostrase la oculta margarita, buscada por ellos, con tanto afán. Se preguntaban si sería la Sra. de Montferrant, cuya virtud era tan conocida, la destinada para Fundadora de la nueva Orden y quisieron tener una entrevista con ella. El Padre Rogerio de Lestonnac puso á los Padres en comunicación con su hermana la Baronesa; ésta llena de afabilidad para con los Padres, y estimando en mucho su visita, no la sorprendió lo que la dijeron, pero no contestó nada afirmativo, porque deseaba consultarlo con Dios en la oración. Celebraba el Padre



*La Baronesa oye devotamente la misa
que celebra el P. Bordes*

Bordes la Santa Misa, pidiendo al Señor le diese á conocer la escogida para Fundadora de la nueva Orden, cuando en aquel momento, el Príncipe de los Apóstoles le señaló con la mano á la piadosa viuda, que estaba arrodillada cerca del altar, y le dijo: «esa es la elegida del Señor.» Al mismo tiempo la Baronesa se vió rodeada de una luz celestial y una voz interior la ordenó consintiese en la elección de que era objeto. Se sometió á llevar el nombre

de Fundadora, cuando se le dijo que con él, no sólo le vendrían cruces, sino también un tiempo de persecuciones; desde entonces la dirigió el Padre Bordes, y puso en sus manos la fundación del nuevo Insti-

tuto. Diez jóvenes de las familias más distinguidas se asociaron á la Sra. de Lestonnac y formaron una familia tiernamente unida. El Padre Bordes lleno de santo celo,



Estandarte de la Compañía de María. San Juan Evangelista habla á la Beata Juana

las instruía, y sus exhortaciones las inflamaban en el amor de Dios.

Para asegurarse más de la vocación de sus hijas dispuso la Bta. Juana que hiciesen por ocho días los ejercicios de S. Ignacio, los que produjeron en sus almas admirables frutos; pasados estos días, les declaró los proyectos del porvenir; con palabras de fuego les explicó el fin apostólico del nuevo Instituto, y puesto que tomaban á María por Patrona, debían hacer profesión de extender su culto, honrar sus grandezas é imitar sus virtudes. «En la educación de las niñas, les decía, encontraréis dilatadísimo campo donde desplegar vuestro celo, pues ha de ser el fin y blanco de la Orden procurar la salvación de las almas.»

El 7 de Marzo la Bta. Juana y su pequeña Comunidad se presentaron al Cardenal de Sourdis, Arzobispo de Burdeos, para entregarle el plan del nuevo Instituto, formado por el Padre Bordes y la Fundadora; y las Reglas de la Compañía de Jesús, las que deseaba abrazar la Compañía de María.

El 25, fiesta de la Asunción de la Sma. Virgen, el Cardenal aprobó su petición, y comisionó á un Canónigo de la catedral de S. Andrés, llamado Pedro Moisset, para que partiese á Roma, á fin de alcanzar de la Santidad de Paulo V la confirmación de la nueva Orden. El Sr. Moisset hizo interesar en esta Causa á los Cardenales Belarmino y Baronio; Paulo V acogió favorablemente al enviado del Cardenal de Sourdis, hizo estudiar el plan del Instituto, y lo estudió personalmente, añadiendo algunos puntos de gran utilidad. El 7 de Abril de 1607 firmó el Breve de aprobación, y dió á la Compañía de María las Constituciones de la Compañía de Jesús. Primera Orden que ha tenido este privilegio.

El Sr. Moisset, antes de salir de Roma tuvo, una conferencia con S. S. quien le dijo al darle la bendición: «Ahora moriré contento, después de haber establecido una Orden de Religiosas, cuyo fin es la salvación de las almas y cultivar en la Iglesia la pureza de la fé y de las costumbres.» Poco después Paulo V recibía en audiencia al General de la Compañía de Jesús, Padre Claudio Aquaviva y le dijo: «Acabo de daros hermanas.—¿Cuáles Santo Padre, respondió Aquaviva? Hijas virtuosas que quieren hacer á la Iglesia, en las personas de su sexo, los mismos servicios que vosotros haceis á toda la cristiandad.—No merecemos, replicó Aquaviva, que se nos tome por modelo, pero ya que nos quieren hacer esta honra, trataremos de dar buen ejemplo.»

Paulo V hizo al Padre General el elogio de las virtudes y grandeza de alma de la Sra. de Lestonnac.

Se iban sucediendo los días, y el Cardenal aun no tenía noticia de la aprobación del Breve; la Bienaventurada Madre enviaba correos al Cielo; estas eran fervientes oraciones, contiúas vigiliás, ayunos rigurosos y toda clase de penitencias por el feliz despacho del asunto que tanto deseaba. Después del Apóstol de la fé, había de ser el protector de la nueva Orden el Apóstol del amor, el que quiso consolar, por sí mismo, á la Madre Lestonnac: se le apareció rodeado de una clara nube, y con dulcísimo acento le dijo: «Hoy, y en esta hora, acaba de despacharse el Breve:» al oír esta nueva quedó extática; una santa alegría inundó su alma y se la reflejaba al exterior. Guardó silencio, y alentó á sus hijas á la confianza en Dios. La Compañía de Nuestra Señora estaba fundada; sólo faltaba agregarla á una de las cuatro Ordenes antiguas.

El 24 de Enero de 1608 el Cardenal de Sourdis la agregó á la de S. Benito, para vestir su hábito y gozar de sus privilegios. En Marzo de 1609 Enrique IV firmó las

reales Letras, autorizando en Francia la nueva Orden. En este tiempo negoció la Bta. Juana el casamiento de su hija Juana con el Barón de Arpaillant, Francisco de Chartres. Libre ya de todos los cuidados del siglo, ocupó su solitud á favor de su familia religiosa.

Tan pronto como fué aprobada la Compañía de Nuestra Señora, su Fundadora buscó un lugar conveniente para el establecimiento de la primera Casa. A un extremo de la ciudad se hallaba la Iglesia del Espíritu Santo con una pequeña casa que en un tiempo había sido Priorato; ésta fué la que tomó la Beata Juana de Lestonnac para su nueva habitación; en ella recibió á sus nueve compañeras. Cuando se vió dentro de la clausura, no cabía en sí de alegría; más como esta es efímera, luego desapareció. Cinco de sus compañeras, víctimas de la inconstancia, volvieron al seno de sus familias. Por esta deserción no desmayó el espíritu varonil de la Fundadora, y con las que le quedaron, dió principio á los ejer-



El Cardenal de Sourdis, la Beata Madre y sus compañeras

cicios de la vida religiosa. A la toma de hábito de las Novicias dió el Cardenal una solemnidad nunca vista; la anunció en la Catedral y leyó á los fieles el Breve del Papa, explicando el fin de la nueva Compañía y encomiando el bien inmenso que esperaba de ella. La cere-

monia se celebró el 8 de Mayo de 1608: S. Ema. acompañado de gran parte del Cabildo, del Mariscal de Ornano y su Estado mayor, y una gran concurrencia de personas pertenecientes á todas las clases, se dirigió al Monasterio. El Padre Raymond pronunció un sermón elocuente.



La Beata Madre pone el nuevo Instituto bajo la protección de la Virgen María

El Prelado impuso el velo negro á la Fundadora, y la nombró Superiora, y el velo blanco á las cuatro Novicias: Serena de Coqueau, Magdalena de Landrevia, Isabel de Maisonneuve y Margarita de Poyferré. Este triunfo fué seguido de una horrible tempestad; el nuevo Monasterio vino á ser objeto de universal censura; se atacaba todo, hasta las intenciones de la Madre Lestonnac; sus parientes que habían mirado mal su entrada en las Bernardas, no titubearon en motejarla por segunda vez. La sierva de Dios, á los reproches y calumnias de que era objeto, no oponía otras armas que la oración y el silencio; con ellas venció. A los vituperios siguió la estimación de todos. El primer fruto que se recogió de esta tormenta fué la vuelta de las cinco fugitivas que, reconocidas de su flaqueza, corrieron á los piés de su santa Madre, que las recibió con los brazos abiertos, perdonándoles aquella falta con mil pruebas de cariño. Enri-

queta de Cazaubon; María Roux; Ana de Boulaire; Ana Richelet y Blanca Hervé; recibieron el velo blanco, de manos del Cardenal, el día de la Purísima Concepción del mismo año.

La ceremonia fué solemne: la discreta Superiora ordenó que este día se consagrara la Orden á la Inmaculada Concepción de María. Bajo la dirección del Reverendo Padre Bordes y la cooperación de la Fundadora, la Casa de Nuestra Señora vino á ser una Casa modelo. Juana de Lestonnac, como verdadera hija de S. Ignacio, formaba á sus Religiosas en las virtudes sólidas de humildad, exigía la abnegación de su propia voluntad y una obediencia ciega. Les enseñaba también el arte sublime de unir la acción con la contemplación; á dejar á Dios por Dios, á buscarle y hallarle en todas las ocupaciones. Esta Casita del Espíritu Santo, era como un Cenáculo, donde se vivía, de continuo, en amor de Dios y en las prácticas de las virtudes religiosas y en una verdadera caridad fraterna. Las personas que visitaban este pequeño Edén, cuidaban de conservar el aroma que en él habían aspirado.

No descansó el celo de la Madre Lestonnac hasta que se abrieron las clases para recibir la miés que el Padre de familias le tenía preparada. El día de triunfo para la Orden de Nuestra Señora fué aquel, en que se vieron entrar en la Casa del Espíritu Santo, tantas niñas de diversas clases y doctrinas; pues había católicas y calvinistas, todas ansiosas de recibir las instrucciones que habían de darles las Hijas de Nuestra Señora. La santa Fundadora vió aquí, de un modo especial, manifestada la protección de la Sma. Virgen, por el gran número de niñas que le enviaba. ¿Cómo mostrarle agradecimiento?—Se acercaba el día de la Presentación de Nuestra Señora, y la fervorosa Superiora quiso que se celebrase con una pompa extraordinaria. A este fin reunió todas las alumnas; las exhortó á la devoción á la Reina de los Angeles y las dispuso para la nueva fiesta que, después, en todas sus casas, se había de hacer, (como se hace hasta ahora) todos los años. Ordenadas las niñas en filas, salieron del Monasterio para dirigirse á la Iglesia; llevaban velas encendidas y en un pequeño trono una imagen de la Niña María, á la que dirigían sentidos cánticos; á ellos debían ir unidos los de los Angeles, que les harían coro, y se los presentarían á su excelsa Reina como las primicias de su Compañía.

Conmovió á la concurrencia ver tal multitud de niñas, tan bien ordenadas; y lo que más llamaba la atención, eran su modestia y rara piedad. Los fieles quedaron

satisfechos de la ceremonia y elogiaron á la Orden que tanto trabajaba por instruir á las niñas. Cada día era más reducida la casa para las funciones del Instituto, y así resolvió la Superiora trasladarse á otra más capaz. Se encontró una que reunía todas las condiciones, en la calle del Hà. Cuando los burdenses supieron que las Hijas de Nuestra Señora iban á trasladarse á otra casa, les hicieron una gran oposición y trataron de malograr su empresa. Guy de Lestonnac, no dejó de censurar á su hermana. La Bta. dejó pasar este nublado, sabía que, ante la voluntad divina, todo poder humano no tiene valor alguno. El 7 de Septiembre, víspera de la Natividad de



Consagración de las niñas á la Santísima Virgen

Nuestra Señora, se trasladaron las Religiosas á la calle del Hà, y siguieron en sus funciones apostólicas. Gran tranquilidad reinaba en la casa; las Novicias veían cerca el día de la profesión, pero antes habían de pasar por una dura prueba. El Cardenal de Sourdis quería unir la Orden de Nuestra Señora con la de las Ursulinas, á la cual era muy adicto. La Madre de Lestonnac se resistió á esta idea, y S. Ema. se disgustó con está negativa. Llegado el tiempo de pronunciar los Votos las primeras Novicias, el Prelado les negó la Profesión, si no se unían á las Ursulinas; y como la Madre se negase otra vez, el

Cardenal dijo que no cedería. En este tiempo, S. Emi-
nencia tuvo que emprender un viaje, no se sabe con que
motivo, y se detuvo en su castillo de Lormont. Dios le
esperaba allí. Todos creían á gran distancia al Carde-
nal, cuando se le vió entrar en Burdeos y dirigirse á
la Casa de Nuestra Señora. Hizo llamar á la Superior-
ra, y con afabilidad le dijo: «Madre, vengo á recibir
vuestros Votos y los de vuestras hijas; no me es per-
mitido negaros más esta gracia; preparaos para con-
sumar maña-
na vuestro sa-
crificio.» La
alegría fué in-
mensa. ¿Qué
había sucedi-
do? La Santí-
sima Virgen
se apareció al
Cardenal y
le encomendó
sus amadas
Hijas, y como
premio á la so-
licitud que ha-
bía de tener
por ellas, le
puso al cues-
llo una esto-
la misteriosa.
S. Ema. dió
cuenta de esta
visión á sus
directores; el
orador que hi-
zo su oración
fúnebre, refi-
rió este favor
divino. To-
do estaba dis-
puesto y las
diez Novicias
esperaban el
momento de-



*La Santísima Virgen se aparece
al Cardenal de Sourdis*

seado; el Cardenal celebró el santo sacrificio de la Misa; en ella las Hijas de Nuestra Señora hicieron sus Votos solemnes, y desde este momento, se consagraron, para siempre de una manera especial «á la educación de las niñas en la Compañía de la Gloriosa Virgen María.» Al

terminar la Misa S. Ema. puso el velo negro á las Novicias, empezando por la Fundadora, y después sobre sus sienes colocó una blanca corona, siendo la de la Fundadora de laurel, emblema de la victoria que había alcanzado. Este día, de perpetua memoria para la Orden, fué el 8 de Diciembre de 1610. La Bta. Juana necesitó muchas vocaciones, y deseó tener nuevas Casas para que, por su medio, se dilatase la instrucción de la juventud. Las Hijas de Nuestra Señora habían sido muy bien acogidas por todas las clases de la sociedad. Beziere fué la primera ciudad en abrir sus puertas á esta Compañía, siendo las Misioneras, las Madres Landrevie, Coqueau y Tausin, con la Hermana Coadjutora Juana Barthe. La amante Madre, al separarse de sus hijas, reunió la Comunidad y dirigió palabras de amor y de celo para animar á las «Misioneras de la Virgen;» después de bendecirlas, les abrazó. Las despedidas fueron mezcladas de amargas lágrimas: ¡se separaban para siempre! Esta fundación dió los frutos más hermosos de santidad. Los «Anales de la Casa de Beziere» encierran una página que la enaltece. El 14 de Septiembre de 1620 fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, las Religiosas se acercaron á la Sagrada Comunión, entre estas hijas amadas de la Virgen, el Divino amor Jesús eligió una que, como á Teresa, atravesó su corazón con un dardo misterioso; más aquí no fué el ángel, sino el Señor de los ángeles el que hirió á la Esposa. Esta fué Serena de Coqueau, que después de recibir la Sagrada Comunión, se vió herida del amor divino, herida misteriosa que le hacía desfallecer: ningún tónico humano podía fortificarla. Fatigada y muriendo de amor, no podía estar separada de su Dios que le había herido y él 14 de Septiembre del siguiente año, después de recibir á su Jesús, sostenida por sus hermanas, voló al Cielo en un éxtasis de amor, cuando sólo contaba treintitres años de edad: su cuerpo tomó una hermosura celestial y despedía una suave fragancia, que aspiraban cuantos tuvieron la dicha de verla. De estos prodigios admirables hubo muchos testigos.

Pronto se llevó á cabo la fundación de Poitiers. A esta fundación fué la Bta. Juana con las Madres Jacoba Chesnel, Ana de Arrérac, Ana de Guérin y Ana Claveau, Coadjutora. Se hallaban á gran distancia de Burdeos, cuando llegó á sus oídos un gran tropel de caballos, que corría hacia ellas; eran los enviados del Señor Arrérac que, al saber llevaban á su hija á Poitiers, escribió una carta llena de insultos y amenazas á la santa Fundadora, reclamando su hija. Los enviados entregaron una carta y habiéndola leído, la discreta Madre

se volvió hacia la Madre Arrérac y le dijo: «Vuestro Señor padre reclama vuestra vuelta, ¡id si queréis hija mía! Yo os dejo en libertad para volver á Burdeos ó para seguir la voz de Dios que os llama á otra Provincia.»— «Después de haber principiado la obra de Dios, yo no vol-



La Comunidad

Y cinco religiosas reciben la bendición de su santa Madre

veré atrás;» respondió la joven Religiosa, y en este sentido escribió una carta á su padre. Al llegar á Poitiers se les hizo por toda la Villa un gran recibimiento; se dirigieron á la Abadía Real de Santa Cruz, de donde era Abadesa la Princesa de Nassau, que las recibió con mucha veneración. El éxito coronó la obra de la santa Fundadora. Durante su ausencia tuvo lugar la fundación de Puy, que ella misma había preparado. A esta fundación siguió la de Tolosa, que habia de ser verdadero campo de cruz. Luisa de Teula, Baronesa de Escasafort, quería tener en su país natal una Casa de Nuestra Señora; y á este fin ofreció los fondos necesarios.

La Bta. Juana de Lestonnac llegó á la capital del Languedoc el 20 de Septiembre de 1619, con las Madres Juana Reinier, Margarita Blanchard, Marta de la Roque Budoz, Constanca de Capus, Novicia, cuya familia vivía en Tolosa, y Juana Joly, Coadjutora. Grande fué la alegría de la Madre de Lestonnac, al llevar la pe-

queña «Milicia de la Virgen» á esta Ciudad que, desde su estancia en las Bernardas, miraba como á la cuna de su vida religiosa. La Baronesa de Escasafort redujo hasta el extremo la habitación de las Religiosas; les proporcionaba males sin cuento; falsas acusaciones, insultos y calumnias sin número, haciéndoles víctimas de una extremada pobreza. La humilde Fundadora, con el fin de calmarla, llegó un día con sus hijas á postrarse á sus piés y le dió razones, por las que no recibió sino injurias; deseaba su corazón extender la gloria de Dios en Tolosa por medio de la instrucción de las niñas, pero se lo impedían los malos tratamientos y sin razones de la Baronesa, á los que no respondió más que con una paciencia heroica.

En Mayo de 1620, sus hijas de Burdeos obtuvieron del Cardenal, que hiciera venir á su amada Madre á la primera Casa, donde se la esperaba para otra fundación. El Señor de Rudelle, gran Vicario, y su pequeña Comunidad, trataron en vano, de exponer razones para que se quedase: «Hagamos ver que somos hijas de obedien-



La Baronesa de Escasafort increpa á la Beata Madre

cia,» decía á sus hijas; «¡El Cardenal de Sourdis me llama, debo obedecer!»

La fundación de Tolosa no se llevó á cabo hasta diez años después. Apenas llegó á Burdeos la infatigable Su-

periora, se trató de la fundación de Perigueux. Una alegre sorpresa le estaba preparada. Sus dos hijas Magdalena y Marta, habían obtenido de la Santa Sede licencia para pasar de la Orden de la Anunciata á la de Nuestra Señora; motivos graves y sobrenaturales fueron suficientes para dar este paso. El 9 de Noviembre de 1620, el Cardenal de Sourdis tuvo la bondad de acompañar en su coche á las Hermanas Montferrant y las dejó en la Casa de Nuestra Señora, y descansaron en los brazos de su santa Madre. Puede juzgarse cual sería el gozo de la cariñosa madre y de sus hijas; la Comunidad lo celebró con gran alegría, y esta se extendió por toda la Orden. Magdalena y Marta se distinguían por sus virtudes y méritos como por sus prendas naturales; eran dignas hijas de la Madre de Lestonnac.

A los que ama Dios con predilección, cuando los regala con dulzuras, suele mezclar con ellas un poquito de mirra, y con su paternal mano, dá á cada uno, lo que sabe puede apurar. Así le sucedía á la Bta. Juana; cuando estaba llena de consuelos, los miraba como mensajeros de cruces, que esperaba, y que recibía con corazón grande y espíritu varonil; el que dió bien á conocer en las pruebas que experimentó.

Ahora era la muerte que extendía su guadaña hacia seres muy amados de su corazón. En 1613, su querido hermano Guy, bajaba al sepulcro. El Barón de Montferrant, su hijo único, después de una corta enfermedad, murió, dejando á su esposa joven y tres hijos de poca edad. La virtuosa abuela les prodigó toda clase de consuelos; á su nieto el Barón, hizo dar una educación cual convenía á su clase; cuando la hubo terminado, le envió á la Corte. Sus nietas, Juana y Francisca se educaron al lado de su santa abuela y prefirieron á todo, el título de «Esposas de Jesucristo.» Con el tiempo, sucedieron á su querida abuela así en el cargo, como en las virtudes. Otra pérdida siguió á la del Barón, que no le fué menos sensible. Su hija Juana acababa de enviudar; su marido, el Barón de Arpaillant murió, en un duelo con un Gentilhombre. Todas estas desgracias atravesaban el sensible corazón de tan amante madre. Pero la que puso colmo á todas las desgracias, y la que le hizo derramar más lágrimas y para la que necesitó toda la heroicidad de su valor, fué: la pérdida de su madre la Señora de Lestonnac; no tanto lloraba su muerte corporal, como su ruina espiritual, al saber que había muerto en la herejía; éste fué un dardo que siempre le tuvo en el corazón. Había hecho todos los esfuerzos para volverla al catolicismo, pero habían sido inútiles. La Bienaventurada Juana, cons-

ternada y abatida, adoró en silencio los juicios de Dios.— En Santa María de Oloron, el 2 de Abril de 1620, el Padre Bordes, el Regis del Bearn, voló al Cielo á recibir la corona que tenía merecida. La Orden de Nuestra Señora perdió con la muerte de este santo Jesuita, no sólo su fundador, sino su maestro, su director y su guía. Habiendo sabido por revelación el día de su muerte, se apresuró á dar la última mano á las Constituciones de la Compañía de Nuestra Señora, que él con tanto celo había ordenado; murió con la muerte de los justos á los sesenta años de edad. Las Hijas de Nuestra Señora han mirado siempre al siervo de Dios, Padre Bordes, como á su Fundador y como á tal le tendrán, mientras exista la Orden. Otra pena mayor vino para la Madre Lestonnac: se levantó una persecución, contra la santa Madre, sobremanera inicua que tocaba á su corazón, se ligaba á su persona, virtudes y actos; esta prueba la sintió vivamente, pero no perdió la paz interior. Decía á sus hijas que la consolaban. ¡No me quitéis la parte que Jesús me dá de su cáliz! ¡No le agrada á Dios que yo retroceda delante de la cruz! La prueba terminó, con gloria de la víctima y vergüenza de sus perseguidores. Durante estos tres años de martirio de la Bta. Madre, se fundaron las Casas de Agen, La Flêche, Riom, Tournon, Aurillac y Saintes. Poco después murieron sus hijas Magdalena y Marta; esta pérdida fué muy sensible á su corazón y á toda la Comunidad.

Otra fundación se ofreció, la de Pau: tenía la Fundadora setenta años y muchos achaques, pero olvidando estos inconvenientes, fué en persona á esta fundación, halagándole la idea de hallarse más cerca de España, patria de su amado Padre S. Ignacio. Salió, pues, con las Madres Isabel y Margarita de Blanchard, la Hermana Luisa de Carignan, Hermana Luisa Clesche, Coadjutora y sus nietas Juana y Francisca que iban de postulantes.

Apenas se instaló esta pequeña colonia en su nueva casa, cuando empezaron los trabajos apostólicos. Una numerosa juventud, católica y protestante, acudió á sus aulas; la misma Fundadora enseñaba á las niñas los elementos de la fé y las primeras nociones de la lectura. ¡Qué hermoso era ver á esta venerada Madre entregarse, con amor, á esta carga tan penosa! El 8 de Septiembre de 1627, Juana y Francisca de Montferrant vestían el hábito de Hijas de Nuestra Señora. Mons. de Salette y su santa abuela les pusieron el velo blanco, en presencia de una concurrencia de católicos y protestantes. En este tiempo falleció el Cardenal de Sourdis, á quien la Orden de Nuestra Señora debía en parte su fundación y su

progreso. Le sucedió su hermano Mons. Enrique de Sourdis. En Septiembre de 1630, se verificó la fundación de Tolosa, que tanto ansiaba el corazón de la Biena-



La Beata Madre instruyendo á las niñas

venturada Madre. Sus cartas de santa y de Madre, habían sostenido el valor de las fundadoras. En una de ellas, les decía: «Mis amadas hijas, á quienes amo en Jesucristo y más que á mí misma; yo digo al Dueño de la Casa, que os envíe como á fieles operarias para trabajar en ella; espero de su bondad y vuestra virtud, que esto tendrá buen resultado... También espero de su misericordia que, pues habéis sembrado en lágrimas, recogeréis con alegría, y que Tolosa será para vosotras (como ha sido para mí,) una tierra abundante de contradicciones.» En estas líneas predijo á sus hijas, la Madre Lestonnac, las tribulaciones que se les preparaba en esta empresa. En efecto; las Madres Catalina de Guérin, María de Reclús, Prudencia Monrevel, Clara de Laval de Madaillan y Juana Joly, Coadjutora, tuvieron que luchar contra inmensas dificultades.

El bien que la santa Fundadora hacía en Pau, ya en las niñas, ya en los numerosos herejes, que volvió á la fé Romana, la habían ligado á esta Casa. Sus hijas de Burdeos reclamaban su presencia; y de aquí tomó ocasión para escribir á su muy amada hermana Margarita,

de Poyferré. «Si me amáis, yo os pido que no deseéis por ningún motivo, mi vuelta á esa. Mucho menos para darme cargo. Me basta haber dado á nuestras hermanas las pruebas del deseo, que siempre he tenido en procurar la gloria de Dios, en todo lo que he podido. Por su gracia, no ha sido inútil mi trabajo, pues la bondad divina hace crecer, como véis, en todos los sitios la primera planta.»

Durante la estancia en Pau de la Madre Lestonnac, se fundaron doce Casas: Brionde, Alenzón, Tolosa, Annanay, Pons, Agde, Frontignan, S. Flour, Fontenay-le-Comte, La Ferté Bernard, Limoges y Argentieres.

En 1634, bandos armados asolaban á Bearn, lo que hacía temer una guerra con España: la Bta. Juana se vió precisada á volver á Burdeos con sus hijas: antes de su partida confió á Nuestro Señor la Casa que dejaba con tanto dolor; de pronto fué consolada. El Crucifijo, delan-

te del cual hacía oración, la dijo: «Hija mía, Yo seré servido en esta Casa con mucho fervor.» Fue recibida en Burdeos con mucha alegría. La Madre de Tuquey, Superiora, obligó á aceptar á la Fundadora un aposento cómodo, le dió á la Hermana Luisa Clesche para servirla en todo, y á la Hermana Juana de Montferant, la nombró Secretaria, para que la tuviese á su lado. Al año siguiente las Religiosas de Pau volvían á su Casa,



*El Crucifijo habla
á la Beata Juana de Lestonnac*

yendo de Superiora la Madre Labat: esta vez las Hermanas Montferrant no salieron de Burdeos.

Poco después decía la Fundadora en una de sus cartas á Margarita de Poyferré: «Nuestras Hermanas me han escrito de varias Casas, para que haga que nuestras Reglas sean impresas, antes que Dios me saque de este mundo, para que, por este medio, se observe mejor el espíritu de nuestra Orden... Voy á trabajar en ello, ¡con



La Beata Madre escribiendo la Atestación de las Reglas

afán... No os olvidéis de encargar se pida á Dios por este negocio, á fin de que Su Divina Majestad se digne presidirlo por su Santo Espíritu.» Esta era una obra de mucha trascendencia y la santa Fundadora había de pensarlo mucho.

La santa Fundadora puso toda su actividad en este trabajo; primero consultó con las Superioras de todas las

Casas de la Orden y como tenía, cada una, copia manuscrita del Instituto, fácilmente se pudo hacer esta obra. Todas contestaron que era muy sabio este pensamiento. Quiso además saber la opinión de sus Superiores y de los Padres de la Compañía de Jesús. Las Constituciones se revisaron; la Comisión se reunió en el locutorio, en presencia de la Fundadora y de las Madres. Cuando se terminaron estos trabajos, la sabia Fundadora certificó de su mano, el 14 de Junio de 1638, que estas Reglas eran conformes á las que habían sido inspiradas por Dios desde el principio de la Compañía. Esta atestación ó certificación de la Fundadora «Madre antigua y Priora de la Orden de Nuestra Señora» es una manifestación de su celo para la conservación de la regularidad, uniformidad y unión entre todos los Monasterios. Dos días después Mons. de Sourdis aprobó estas Reglas por un acto auténtico, en los términos más honrosos para la Orden en general, y para la Fundadora en particular. Tan pronto como estuvieron impresas las Reglas, fueron enviadas á las Casas de la Compañía, que las recibieron con alegría, y observaron con exactitud. Las fundaciones de Isoire, de Avignon, de Sarlat y de Santa Africa acababan de hacerse. La sabia Legisladora no hacía más que dar gracias al Cielo, porque veía bendecidos sus trabajos, y el fervor reinaba en sus Monasterios; éstos eran numerosos y los deseaban muchas ciudades. Empleó los últimos años de su vida en una correspondencia frecuente con todas las Casas; era mirada como la General: «la Madre común, la Madre Antigua;» tales eran los nombres de respeto que se le daban. Su amor por la salvación de las almas, rivalizaba con el amor por la gloria de Dios. «¡Oh hijas mías, les decía, que valor tan grande es el de un alma; yo estoy sedienta por su salvación!» Su lema: «¡O morir ó trabajar!» expresa bien los divinos ardores de este corazón que nunca contó, con el trabajo y el sufrimiento. Su humildad, le hacía como á S. Francisco de Borja, estar siempre abismada en su nada. Los oprobios de que fué objeto, ni aquellos que le fueron más dolorosos, por ser de personas más íntimas, fueron suficientes, á quitarle su paz; decía: «los desprecios que se me hacen, son cariños de Jesucristo y las palabras injuriosas, dulce música que me recrea.» No empañaron el brillo de su humildad, ni el buen éxito de sus fundaciones, ni los honores que recibió de los grandes. El Papa Paulo V, hizo un elogio en varias ocasiones; el Cardenal de Sourdis, el de la Valette, Arzobispo de Tolosa y los Prelados que la conocieron, exaltaron sus virtudes y méritos. Hemos dicho como la honró el Mariscal de Ornano; el re-

cibimiento que la hizo la Princesa de Nassau. La Reina María de Médicis, admirando la santidad de la ilustre Fundadora, se encomendaba á sus oraciones. La Princesa de Condé la llamaba con mucha gracia «la primera y más virtuosa Abadesa de Francia,» y siempre que se detenía en Burdeos, iba al Monasterio á verla, y oír aquellas conversaciones que nunca cansaban.

La Abadesa del Real Monasterio de Santos, Francisca de Foix, había sido desde su juventud amiga de la Madre Lestonnac, y por el placer de visitarla, fué al Monasterio del Hâ, ¡aquella fué una entrevista de santas! ¡Entrevista que debió hacérseles muy corta! La venerable Abadesa no quiso retirarse, sin recibir la bendición de la Madre Lestonnac, y esta pretendía que debía bendecirla la Abadesa. ¡Contienda santa! ¡lucha encantadora de humildad! las dos la sostuvieron juzgándose indignas de bendecirse una á otra. Hizo una guerra impacable á su cuerpo, los ayunos, vigiliás, corsés de hierro, erizados de agudas puntas, sangrientas disciplinas, á lo que se unían habituales sufrimientos, causados por largas dolencias y enfermedades numerosas. La prudencia de sus directores hizo interrumpir, á menudo, estas rigurosas austeridades.

Amaba la pobreza como á madre; ésta era su expresión. Más de una vez en las casas del Espíritu Santo y del Hâ faltó el pan á las siervas de Dios; entonces la afligida madre iba á la oración, y era socorrida providencialmente. Se encontraban en el torno sumas de dinero sin saber de donde provenían, y también por su oración se multiplicaban la harina y el pan en manos de sus hijas. En tiempo de carestía, los pobres asediaban el Monasterio, y no habiendo pan para darles, la generosa Fundadora mandó repartir de lo que había, y se pudo satisfacer á los pobres, sobrando aún para la Comunidad. Sus hijas se admiraron del prodigio y la caritativa Superiora, contestó: «Dios no se deja vencer en generosidad y ha querido como obligarse á dar á los que dan por su amor.» Fueron muy admirables su caridad y obediencia; su regularidad rayaba en minuciosa, su confianza en Dios no conocía límites; decía, «mi oráculo es Dios,» frase hermosa de Fundadora y de santa. El gobierno de esta amante Madre, fué siempre varonil, su dirección esclarecida. A su firmeza natural se unía una singular ternura de corazón: sus hijas tenían en ella una madre incomparable, su exterior estaba dotado de una majestad que hacía resaltar todos sus actos; poseía el don de la palabra que los historiadores llamaron: «gracia de los labios.»

La Bta. Juana de Lestonnac tenía sus devociones particulares. A S. José como á Maestro de la vida interior; á S. Bernardo para la devoción á la Sma. Virgen; al Serafín de Asís para el amor á Jesús crucificado. A S. Ignacio de Loyola le consideraba como á su *Legislador*, su Doc-



*La Bienaventurada Juana de Lestonnac
en coloquio con los ángeles*

tor y su Padre; la divisa de esta glorioso Patriarca: «á mayor gloria de Dios,» fué también la suya y la de sus hijas. Amaba mucho á San Juan Evangelista; le llamaba su hermano y quería que sus hijas le dirigiesen todos los días una oración, como á protector de la Orden, y lo mismo á San Pedro, San Pablo y San Benito, como protectores también de la Compañía de Nuestra Señora. No era menor su devoción á los Santos Angeles, Mensajeros del Cielo; y en particular á su Angel custodio: éste la honraba muchas veces con su presencia sensible; no emprendía ninguna obra sin consultarla antes con este Príncipe de la Gloria; á él le contaba sus penas, y así se le mitigaban: la guiaba en sus empresas, le ayudaba á cambiar las voluntades de sus enemigos, la instruía en los misterios de la fé, y le llevaba otros ángeles con los cuales conversaba familiarmente; cuando se advertía que la acompañaba, le cedía sitio para que pasara antes ó le

daba el lugar de preferencia. Su devoción por excelencia, era la que tenía á la Reina de los ángeles, y á esta devoción la miraba como el espíritu propio de su vocación. Nunca separaba á María de su Hijo Jesús; sus conversaciones, sus escritos, no respiraban más que amor á María. En los documentos que dejó á sus Hijas, propone setentidos veces á esta divina Madre para su imitación.

Cuando daba el santo hábito á alguna postulante procuraba que fuese en alguna festividad de la Santísima Virgen. En una visión regaladísima que tuvo, vió á Jesús que acompañando á su dulcísima Madre, se la daba por modelo, y como la había tomado por Madre de su Compañía; se la confirmó y le aseguró que nunca le faltaría su patrocinio.

Esta alma fervorosa gozó muchas veces de la presencia sensible de su amante Madre; gustaba de tal modo oír sus alabanzas, que sabiéndolo sus hijas, acudían puntualmente á la recreación para cantar las glorias de María, enredor de la santa Fundadora. Manifestó un día, una de ellas, un celo fervoroso para hacer ciertos obsequios á la



Jesús da á la Santísima Virgen por Madre, á la Beata Juana

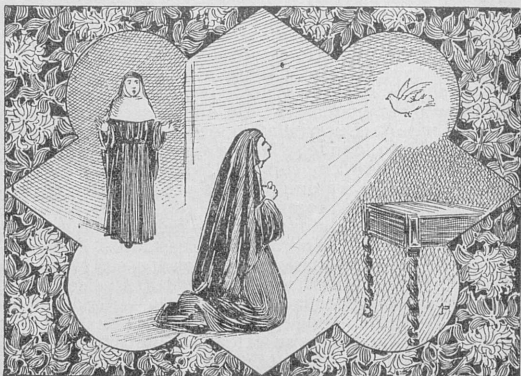
Sma. Virgen, la Venerable anciana, enagenada de gozo, con el semblante encendido como un serafín, atrajo hácia sí la joven hermana, la estrechó contra su corazón y sus sonrosados labios descansaron sobre la frente de la

atortunada hija. Los que conocían á la Beata sabiendo la devoción que tenía á la Sma. Virgen, cuando le habían de hacer algún obsequio, le regalaban una imagen de la Excelsa Señora con su divino Hijo en los brazos. Aún se conserva en Poitiers la que recibió de Mons. de la Roche-Poray, cuando en 1618 hizo la fundación en esta ciudad.

De María iba á Jesús, y no se cansaba en seguirle en su pasión: Getsemaní y el Calvario no se apartaban de su memoria, y decía muchas veces: «Hijas mías, amemos mucho á Jesús, cubierto de oprobios.» «¡Estemos siempre al pié de su cruz!» «¡Anatema á quien no ame á Jesús paciente!» «¡A quien no le pruebe su amor con el sufrimiento sea anatema!» ¿De dónde sacaba tal fuerza de amor? De la Eucaristía: su descanso lo tenía cerca del tabernáculo, donde se la veía anegada en lágrimas de amor. Su oración era continua, desprendida de todo afecto vivía en las regiones eternas y se perdía en el seno de su Dios. Pasaba horas enteras de rodillas, inmoble con los brazos extendidos y el rostro radiante, en inefable contemplación; ningún ruido era bastante á interrumpir sus frecuentes éxtasis. En todos los sitios se veía favorecida de comunicaciones celestiales. Algunas veces, no pudiendo contener la abundancia de las consolaciones, desahogaba su alma en dulces quejas á su Jesús. Un día se la oyó gritar en su celda: «¡Qué muero! ¡Qué muero! ¡Qué no pueda ir por todo el mundo para persuadir á los hombres que es preciso morir en el amor y por el amor de Jesús!»

Para que pudiese gozar más en sus comunicaciones celestiales y entregarse á ellas con más libertad, le prepararon sus hijas un oratorio cerrado dentro del coro de las Religiosas. Dios le comunicó el don de profecía y el de milagros; con sólo el contacto de sus manos curaba á sus hijas enfermas, como lo hizo con una joven Novicia que padecía unos fuertes dolores de cabeza; habiéndose quedado en cama, la bienaventurada Madre, llena de caridad, fué á visitarla, como lo haría la más cariñosa madre, y acercándose á ella, le puso la mano sobre la cabeza é instantáneamente quedó curada de su mal. Un día en que la Madre Susana de Brianzón, por motivos de su empleo, tuvo que ir al aposento de la santa Fundadora, y como habiendo llamado, no se la respondiese, la cariñosa hija miró á través de una hendidura de la puerta, y vió la habitación iluminada por una resplandeciente luz. Temerosa de ser juguete de una ilusión, vuelve á mirar segunda y tercera vez. ¡Cuál fué su admiración al ver á su amada Madre, de rodillas, á los

piés de una imagen de María, en profundo éxtasis y los ojos elevados al Cielo! una blanca paloma se posaba sobre su cabeza, prodigándole caricias y agitando alegremente sus alas. La Madre Brianzón esperó el fin del éxtasis. Un santo temor se apoderó de su corazón al ver acercársele la santa Superiora, con el semblante lleno de vivos resplandores; creyó desfallecer al ver-



Visión maravillosa

se ella envuelta también en aquella deslumbrante luz: en efecto, alrededor de la cabeza de la Fundadora destacaba una aureola de vivísima luz. Sorprendidas las dos, se miraron un instante sin poder pronunciar una palabra. «Hija mía, dijo la Bta. Juana, ¿de dónde viene este cambio que noto en vuestro rostro?» Y Vos, Madre mía, repuso Susana, decidme: «¿qué significa esa paloma que cual espíritu divino agitaba sus alas sobre vuestra cabeza? Un vivo resplandor iluminaba vuestro semblante.» Confusa la Madre Lestonnac, trató de evadir la respuesta y así la dijo: «Hermana mía, quizá os habéis engañado; como quiera que sea, os prohibo que habléis nunca de esto, al menos mientras yo viva.» Esta obediente hija, treinta años después, sobre su lecho de muerte y en presencia de la Comunidad, descubrió este prodigio callado sólo por la voz de la obediencia.

Pronto iban á abrirse las puertas del Cielo para esta

amante de Jesucristo; este mundo era su destierro, su alma no hacía sino languidecer, y se la oía exclamar: «Señor, libradme de la prisión de mi cuerpo.» Espíritus celestiales: decid al Amado de mi alma que tenga piedad de mí, que ponga fin á mi destierro; que me una con El en el Paraíso: Yo sufro con esta vida la agonía de la muerte; distingo la tierra prometida y no puedo entrar en ella; el torrente de dulzuras que Dios me envía, trae su agua hasta mis labios, y yo me muero de sed.»

Sin embargo sus fuerzas disminuían. Mons. de Sourdis fué enterado del estado de debilidad á que había llegado la bienaventurada Madre y al momento fué á visitarla con el Reverendo Padre Jaquinot, Provincial de la Compañía de Jesús y del Padre Lestrade, que vivamente sentían el estado de la Beata Juana de Lestonnac y veían llegada la hora de su muerte. La tarde del 30 de Enero, primer día del tríduo de renovación de los Votos, dijo la Beata á la Hermana Luisa Clesche: «Bendito sea Dios que me ha dado hoy fuerza para hacer todos mis ejercicios de piedad.» Por la noche la Hermana, según costumbre, y por lo que habían ordenado los médicos, le llevaba un poco de alimento... ¡Cuál sería su sorpresa cuando vió á su amada Madre con los ojos abiertos, pero sin habla y movimiento alguno! Al momento parte del aposento y lo comunica á la Madre Superiora que, llena de pasmo, voló al lecho de su santa Madre; se llamó al Médico el que, después de ver á la enferma, dijo: ser un ataque de apoplejía y que eran inútiles todos los remedios. Se le administró el Sacramento de la Extrema Unción; el día antes había recibido los de la Penitencia y Eucaristía. Durante dos días y una noche, trece Padres Jesuitas se relevaron cerca de la santa moribunda, para prodigarle todos los socorros espirituales y tener la dicha de recibir su último suspiro. Llegado el día de la Purificación las Religiosas creían que, durante la Misa de renovación, su querida Madre volaría al Cielo. El Reverendo Padre Martel, su director, la dijo que, por obediencia, no muriese hasta después de la Misa; y que como tan obediente, diese ese consuelo á sus hijas. Concluída la ceremonia de los votos, corrieron estas al lecho de la que tanto amaban y el Padre Martel la dijo: Mi Reverenda Madre, ved aquí á vuestras amadas hijas para asistir á vuestro último paso; os piden que añadais á las bondades que han recibido de Vos la de vuestra bendición. La Bta. Juana, respondió con la dulce sonrisa de los santos, miró con ternura á sus hijas y con un suspiro dejó su alma la tierra, para ser recibida en los brazos de Jesús. Era jueves 2 de Febrero de 1640, treintidos años des-

pués de la fundación de la Orden. La Bta. Madre tenía, ochenticuatro años de edad. El Cielo glorificó sus restos mortales, su rostro se cubrió de una belleza que le hizo desaparecer las arrugas de la ancianidad, los ojos permanecieron abiertos, los miembros flexibles, su cuerpo despedía un aroma celestial. El artista que dibujó su retrato, no pudo acabarlo como debía, porque como él manifestó, no podía pasar al lienzo, hermosuras que aumentaban de una hora á otra. Estuvo expuesto el cuerpo de la «santa,» como la llamaban los fieles, cuatro días. Los funerales se celebraron con una pompa ex-



Muerte de la Beata Madre

El Angel de su guarda lleva su alma al cielo

traordinaria. El Padre Champeils hizo la oración fúnebre. Con el fin de evitar el desorden que podría causar una piedad indiscreta, se ocultó al público la hora del entierro. El Domingo, á las ocho de la noche, se depositó el cuerpo en la bóveda del Monasterio. Los milagros se sucedían en el sepulcro de la Bta. Juana; todos los años, el 1.º de Mayo, aniversario de la fundación de la Orden, en presencia de los Sacerdotes delegados por la autoridad eclesiástica y de la Comunidad reunida y en oración, se cambiaba el velo ó el hábito de la «Bienaventurada»

para distribuirlos como reliquias. El año 1792, la revolución destruyó en Francia todos los Monasterios. Este glorioso cuerpo que guardaba su flexibilidad y hermosura, fué despojado, profanado, y en las tinieblas de la noche, arrojado á una fosa. Este fué un dolor inmenso para las hijas de Nuestra Señora. La pena mayor era ignorar donde se hallaba este sagrado depósito. El 23 de Noviembre de 1822 y después de investigaciones sin número, fué encontrado, por una nueva Juana de Lestonnac, la Reverenda Madre Duterrail de la Casa de Tolosa, le acompañaba la Madre de Bruncan; las carnes de la Beata estaban consumidas. El 28 de Diciembre se trasladó desde el Hôtel de Villa á la Catedral, en medio de una gran concurrencia. Ocho Religiosas Hijas de Nuestra Señora llevaban sus precios restos, cuatro descendientes de la familia de la Bta. Juana de Lestonnac llevaban el paño mortuario: Mons. Aviau de Sanzai, Arzobispo de Burdeos, presidía la ceremonia. El cortejo fúnebre se dirigió, desde la Catedral, al Monasterio de la Calle del Palais Gallien, donde el cuerpo de la Bta. Juana de Lestonnac descansa, guardado con mucha veneración por sus hijas, que van á orar junto á él y á presentarle las ofertas que le hacen sus muy amadas hijas, extendidas por diversas provincias. El 6 de Enero de 1828, la Madre de Duterrail y la Madre de Lavedan, de rodillas, á los piés de León XII, solicitaban la Beatificación de la ilustre Fundadora; el Sumo Pontífice acogió favorablemente su petición. Gregorio XVI concedió el título de «Venerable» á la Sierva de Dios Juana de Lestonnac el 19 de Septiembre de 1834. León XIII la ha colocado en el número de los Bienaventurados el 23 de Septiembre de 1900. Después de la muerte de la Madre Fundadora, la Orden de Nuestra Señora continuó propagándose rápidamente. En 1650 la casa de Beziers enviaba fundadoras á España; Barcelona fué la primera que tuvo la dicha de recibir á las hijas de la Bta. Juana de Lestonnac. Venía de Superiora la Reverenda Madre Claudia Rivas; se les hizo una buena acogida, y tan pronto como estuvo todo dispuesto, empezaron las Religiosas sus faenas apostólicas. A esta Casa se le ha mirado siempre, como la cuna de la Compañía de María en España, desde donde no tardó en extenderse admirablemente. A la casa de Barcelona han seguido las fundaciones siguientes: Tudela (Navarra), Tarragona, Urgel, Zaragoza, Lérida, Méjico, Solsona, Santiago, San Fernando, Sta. Fé de Bogotá, Vergara, Irapuato (América del Norte,) Aguascalientes, Méjico (2.^a Casa,) Manresa, Santander, Calella, San Sebastián, Valladolid, Orduña, Almería, Vigo, Ferrol, Jeréz de la Frontera, Logroño,

Santa Fé de Granada, Ciudadela, Torrefarrera, Sanlúcar de Barrameda y Cornudella.

Para fundar la casa de Tudela, partieron de Barcelona el año 1687, las Madres Eulalia Argila, Engracia Pons, Serafina Galban y Gertrudis Marimon. Iba de Superiora



Monasterio de Barcelona

la Madre Argila, la que se distinguió por sus virtudes y raro talento; y habiendo desempeñado este cargo por espacio de diez años, en los que, después de haber trabajado incansable en favor de la Comunidad y hecho florecer la observancia, voló al Cielo á recibir la corona prometida. Su cuerpo se conserva incorrupto en la casa de Tudela. Difícil se ofrecía la fundación de S. Fernando; pero para ello, envió Dios de fundadora á la Madre Petronila Apérrégui, de un espíritu esforzado, la que supo llevar á cabo esta obra que tanta gloria había de dar á Dios. Salió de Tudela el 19 de Octubre de 1760; la acompañaban las Madres Rafaela Arellano, Manuela Basazabal, Luisa Marichalar y Antonia Arizcun y la Hermana Juana López. Se encontraron con una casa tan pequeña, que era imposible desempeñar en ella los ejercicios del Instituto; pero con las sabias disposiciones de la Reverenda Madre, en poco tiempo, estuvo todo

como se deseaba. Era la primera en el trabajo y la última en el descanso, y enseñaba, como nuestra bienaventurada Madre Lestonnac, que en la educación de las jóvenes consistía la felicidad de las familias. La caridad con el prójimo no podía faltar á quien profesaba y extendía un Instituto, que se mantiene de fuego: tenía mucha semejanza con nuestra Bta. Juana; y como ella, sentía una tierna devoción á la Sma. Virgen, la que cuidaba de fomentar en sus hijas, diciendo: «Esta es la leche con que las Hijas de la Compañía de María se han de criar; han de crecer; han de trabajar y han de morir.» Entrando una vez en su celda advirtió dentro una gran claridad; y al examinar la causa, vió una cruz de madera, que tenía sobre la mesa, rodeada de hermoso resplandor, y sembrada de cruces pequeñas; conoció lo que significaba, y se ofreció á cargar con todas ellas. Cuando empezó á sentir fuertes dolores de cabeza, antes de perder la vista, al pasar por delante de la Sma. Virgen, Esta, le manifestó cuan agradable le era su sacrificio; pero la humilde Madre lo calló. Más un día, pasando con sus hijas por delante de la Imagen, dijo impensadamente: «Aquí fué donde la Sma. Virgen bajándome la cabeza me dijo que admitía la mía.» Advirtió su descuido, pero ya era tarde. Cuatro años antes de morir perdió la vista. Estaba establecida la Casa, puesta en vigor la observancia regular y la instrucción de las niñas; ya no le quedaba más que decir: «Señor, ya que he edificado una Casa en honor de tu Madre, sácame de este valle de lágrimas.» Y su petición fué oída; cuando se anunciaba á los fieles el nacimiento del Hijo de Dios, la Reverenda Madre Petronila tomaba posesión del Belén de la Gloria. La casa de Barcelona había pasado días muy aciagos en el año 1834 y no esperaban otros mejores en 1868; pero Dios que no olvida á los suyos, velaba por estas sus hijas queridas. Los emisarios del Gobierno se apoderaron de sus rentas, hasta el extremo de verse reducidas á la mayor miseria, y no tenían que comer. Era Superiora la Reverenda Madre Cármen Valadó, que con la gracia de Dios, resistió á los enemigos de la Religión, con las armas de una continua oración y mortificaciones sin número; ordenó á sus hijas que, día y noche, no dejasen aquel santo ejercicio, y así fué; se sucedían unas á otras delante del Santísimo Sacramento, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen, la que como Madre y Capitana de esta Compañía, veló por ella y alcanzó para su amada Casa de Barcelona días bonancibles. Al celo de la Reverenda Madre Valadó se debe la traslación del Monasterio á sitio más cómodo; teniendo hermosa Iglesia, magnífico cole-

gio y bastas clases; innumerables jóvenes se han educado en ellas. Esta Obrera de la viña del Señor, pasó á recibir el denario prometido, después de haber extendido la gloria de Dios, dejando buen olor de sus virtudes.

Siendo el fin de la Compañía de María, la salvación de las almas por la educación de la juventud, las Hijas de la Bta. Juana de Lestonnac, se consagran enteramente á esta obra. En sus colegios se han educado, y educan, señoritas del más alto rango, que después han servido de modelo como excelentes madres de familia y otras han abrazado la vida del claustro en diferentes Ordenes religiosas. No tienen número las hijas del pueblo que han aprendido, en las clases externas, á trabajar para mantenerse y mantener á sus familias. Las Religiosas tienen gran predilección por sus amadas niñas: exigen en general de sus alumnas, corazones piadosos y una santa emulación para el trabajo; quieren que sean humildes sin afectación, y obedientes sin réplica.

El carácter del Instituto se resume en la doble divisa de su Fundadora: «O morir ó trabajar» y todo á la mayor gloria de Dios. Este era también el lema del caudillo vascongado San Ignacio de Loyola; de quien, dice un eminente religioso, son hijas suyas verdaderas las hijas de la Compañía de María, no solamente por sus Reglas, sino por el fin de su vocación, en cuanto su estado se lo permite.

El Emmo. Cardenal Desprez, Arzobispo de Tolosa, que había estado en íntima comunicación con varias Casas de la Orden, decía. «Hace tiempo que conozco á la Compañía de María; no mete ruido, pero hace mucho bien.» Este es un hermoso elogio para una Orden religiosa.

A. M. D. G.

GRABADO Y ESTAMPADO
POR
J. THOMAS . BARCELONA
1900
